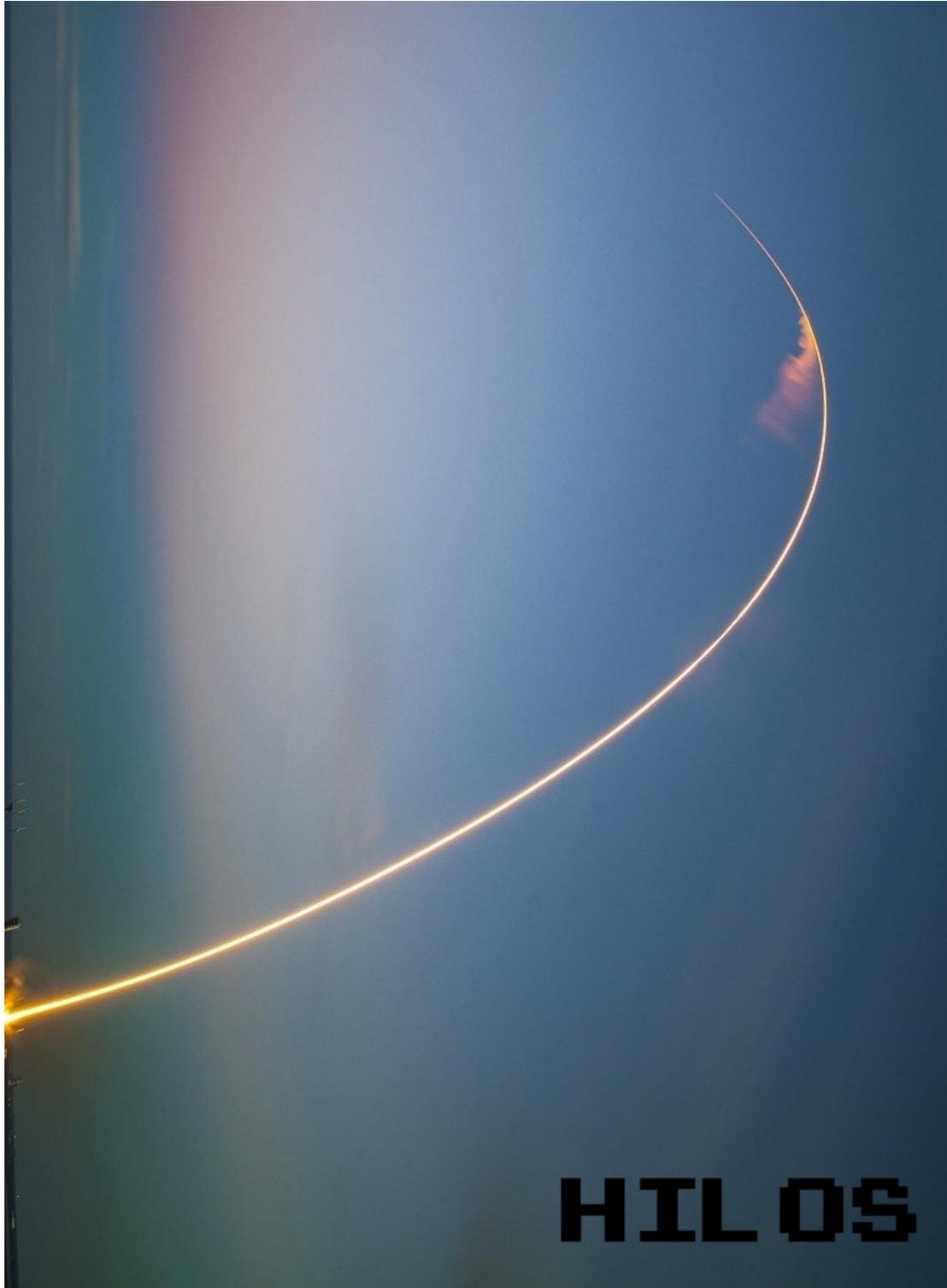


Relato sci-fi: Hilos

E. Baztarrica



Capítulo 1

Relato sci-fi: Hilos

Tenía siete años cuando Amish actuó y comenzó el fin del mundo como lo conocíamos. Amish fue el virus informático que provocó la desconexión total. No pudimos prever el alcance que tendría una vida sin comunicaciones digitales.

Los gobiernos, los bancos y las multinacionales creyeron que podrían proteger eternamente sus datos, pero no contaban con la habilidad sobrenatural de Sergei Litnov: un chico hipotecado hasta las cejas que quería destruir su deuda con su aplicación informática. Se le fue de las manos; implementó una especie de inteligencia artificial... la verdad es que no tengo ni idea, algo pasó. Está prohibido cualquier conocimiento relacionado con el antiguo Internet, ordenadores o dispositivos móviles. No quiero meterme en líos.

A veces añoro las tardes jugando con los sensores ópticos en el salón de casa. Tenía muchos amigos, de todas las partes del mundo. Aunque mi lengua materna es el Castellano, era bilingüe y me comunicaba perfectamente en Tronbit, el idioma universal de la red. Mi padre alucinaba al escucharme hablar; yo le enseñaba. Todavía soy capaz de hablarlo pero no debo. Una vez me arrestaron porque, en sueños, dije una frase en el barracón del cuartel. Los compañeros más jóvenes que yo se echaron las manos a la cabeza; los de mi quinta me despertaron a golpes. El ruido alertó al sargento y entró con un teleliofilizador en la mano, apuntándome. Ese cacharro puede dejarte como una pasa en un segundo. Está pensado para matar en el campo de batalla y no dejar olores y restos que puedan atraer a los animales. Sí, la naturaleza nos ha ganado terreno y no puedes ir de una ciudad a otra sin encontrarte algún oso, lobo e incluso leones.

Lubari, suna tiboï, se traduce como una muestra de cariño hacia tu padre. Esas fueron las palabras que hicieron que me pasara seis meses recluso en una celda. Seis meses de reeducción con los cursos intensivos del Estado. Querían asegurarse de que era un elemento más del sistema analógico. Después de que 'Amish' destruyera el dinero, las transacciones, las anotaciones de préstamos, cualquier tipo de dato censal: nacimientos, fallecimientos, etc., todo se desmoronó. La sociedad y su organización estaba construida entorno a una estructura débil. Y la confianza. Eso es lo que provocó el apocalipsis, si es que podemos llamarlo así. Nos basamos en un modelo aparentemente seguro que nos facilitó la vida, tanto que olvidamos saber vivir sin él.

Se creó una especie de religión llevada al fanatismo en la que se demonizó todo lo informático. Volvimos a 1990, con la salvedad de que

durante años se produjeron disturbios, confusión; los presos ya no podían ser retenidos por más tiempo: no había documentos sobre sus condenas. El caos. Cuando al fin se pudo empezar a reconstruir la sociedad, un grupo de inconscientes querían restaurar el mismo modelo, pero enseguida fueron perseguidos. Los 'tronbiters', nostálgicos de las relaciones y los protocolos digitales. Esta vez se haría bien, eso decían.

Por mi afrenta, fui destinado a cortar hilos a Polonia. Los hilos son los cables de comunicación que tiran los 'tronbiters' para restablecer la red mundial. Los hilos están enterrados, a veces hay que picar metros de hielo para encontrar uno; tiras de él para ver hasta dónde llega y es un pequeño retal colocado para despistar. Cables verdes que pasan de una copa frondosa a otra. Es muy difícil. Sin contar con que te encuentres a alguna fiera o a un 'tronbiter' guerrero. No suelen ser violentos, pero si encuentras un hilo importante, disparará antes de que lo cortes.

Me había separado del grupo porque mi detector había encontrado la señal de un hilo enorme. El resto del batallón me tomó por loco porque decían que sería alguna beta de mineral magnético: la señal era demasiado fuerte. Empuñé mi fusil sobre el pecho y me adentré en el bosque; anduve durante cuatro horas, exceptuando 15 minutos que tuve que esconderme de un puma y posteriormente abatirlo. Tenían razón, un hilo tan grande estaría custodiado. Hasta que los vi: 14 hombres entrando en un búnker torpemente camuflado. Observé la entrada durante media hora hasta que un ruido interrumpió mi sigilo. El sonido fue rellenando el silencio progresivamente, parecía una explosión continua, hasta que saturó mis oídos; creía que me habían estallado. Antes de desmayarme vi un cohete de poco más de dos metros alzar el vuelo.

Abrí los ojos no sé cuánto tiempo después. Un grupo de personas ataviados con gafas virtuales rudimentarias y guantes con sensores me increpaban. Uno de ellos, alto y gordo, se acercó.

—¿Qué hacías aquí, amish?

—¿Amish yo?

—Vaya, el amish habla tronbit— no había reparado en que no era Castellano.

—¿Qué era ese cohete?

—En serio, maldito amish, ¿no te da asco hablar eso que tanto repudias?

—Dejadme en paz, sólo soy un soldado.

El hombre alto y gordo dio un paso atrás y susurró algo a una joven. Este tecleó algo en el aire y a los dos minutos apareció un hombre mayor, con barba blanca hasta la mitad del pecho, apuntándome con una cámara. El cacharro emitió un leve zumbido.

—Ya te tengo—, el hombre de la barba blanca me sonrió

—Mario González.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—La información al servicio del pueblo. Eso siempre, nuevo amigo. Mi nombre es Sergei, Sergei Litnov.

Hace cinco años de aquello. El ejército me dio por muerto. Yo sigo sabiendo cosas sobre sus vidas, porque el Estado, aunque analógico, tiene una red informática secreta que por supuesto tenemos pinchada. Es increíble lo que se puede ocultar a la gente cuando esta no tiene acceso a la información. No me imagino una red global en la que sea posible engañar a la población. O eso espero.

Hoy me dispongo, como subteniente de la resistencia *tronbiter*, a asistir al lanzamiento del Sergei IV, que completará una red de satélites que ayudará a reconstruir de nuevo el mundo tal y como era. Esta vez lo haremos bien.